

EDICIONES MINIMAS
CUADERNOS MENSUALES DE CIENCIAS Y LETRAS

Director: Leopoldo Durán

GIOSUÉ CARDUCCI

ODAS BÁRBARAS

VERSIONES
DE
B. CONTRERAS

BUENOS AIRES
1918

ODAS BÁRBARAS

DE GIOSVÉ CARDVCCI

:: TRADVCCIONES DE ::

B. CONTRERAS

EDICIONES MINIMAS.

BVENOS AIRES. MCMXVIII.

Dibujos
- de
DONNÍ



ITALIA dió a la *poesía contemporánea* un maestro sumo en la personalidad de Giosué Carducci. La aparición de este poeta precedió al resurgimiento de su patria libre y unida y coincidió con el movimiento que respondía a los ideales de reconstrucción. Comprendiendo su situación en la hora en que le tocaba actuar, disciplinó sus fuerzas y contribuyó con su verbo bello y sapiente a la redención de su país. Nutrido de vasta cultura y familiarizado con la antigüedad clásica greco-latina, venero perenne del Arte, desdeñó las anémicas manifestaciones de un romanticismo ya moribundo, y fué el poeta civil en cuyos cantos se afirmaba la voz que concretaba la conciencia nacional. Por eso Italia le amó y siguió, honrándose a sí misma en su más grande varón. Las ODAS BÁRBARAS, publicadas en 1877, produjeron un revuelo de ocas que se resistían a cambiar el paso. Esas poesías de metros, ritmos y acentos no usados hasta entonces en la lírica italiana no significaban para ellos una seria labor de renovación. Pero Carducci demostró también ser un gran poeta empleando las viejas formas, y NUEVAS RIMAS, aparecidas después, justifican su abono. Otras actividades del espíritu, no menos levantadas que la poesía, colmaron los días del Maestro. Dijimos Maestro, y lo fué en realidad durante cincuenta años, enseñando literatura griega, latina e italiana en el Liceo de Pistoja y dictando cátedra de elocuencia en la Universidad de Bologna. Pródigo de su patrimonio intelectual, escribió en prosa concisa, ágil y vigorosa, las páginas de magistral contextura que contienen sus estudios de filología, crítica e historia y sus polémicas y discursos, trabajos todos que constituyen la fuente de sabiduría donde abrevó la generación literaria posterior a la suya. Carducci alcanzó a vivir setenta y dos años (1835-1907).

B. Contreras, o sea Domingo Risso en la vida civil, — y suplicamos que nos perdone la indiscreción — ha traducido las ODAS de Carducci con honrada cabalidad de concepto y admirable perfección de forma. Gracias a él.

NOTA DEL TRADUCTOR

Deseo hacer constar que si algún mérito tienen estas versiones, ello es debido, más que a mis propias fuerzas, a la inteligente colaboración del Dr. Roberto F. Giusti en mi trabajo. Gracias a sus vastos conocimientos de la literatura y la historia italianas, y a la complaciente solicitud con que respondió siempre a mis preguntas, he podido aclarar las dudas que con frecuencia se me presentaban y salvar dificultades que creía insuperables.

Al noble y querido amigo, vaya con mi reconocimiento mi más cordial saludo.

B. CONTRERAS.

Enero, 1918.

PRELUDIO

O dio la usada poesía: concede
cómoda al vulgo el flanco y sin latidos
en sus fríos abrazos habituales
se extiende y duerme.

La estrofa alerta quiero yo, que aplaude
y salta con pie rítmico en los coros:
del ala al vuelo yo la atrapo, airada
ella resístese.

Tal se retuerce una mujer en brazos
de audaz silvano en el Edón nevoso:
mas bellas saltan del florido seno
las gracias comprimidas:

besos y gritos en la roja boca
mézclanse: ríe la marmóreá frente
al sol, sueltos en largas ondas los cabellos
se agitan a los vientos.

EN LA ESTACIÓN

EN UNA MAÑANA DE OTOÑO

¡Oh cómo hastían esos faroles
que se persiguen tras de los árboles,
entre ramas cargadas de lluvia
reflejando la luz en el fango!

Flébil, agudo, áspero silba
el tren ya cerca. Plomizo el cielo
y la turbia mañana de otoño
están, cual grande fantasma en torno.

¿A qué y a dónde va esta sombría
gente que corre a los oscuros coches?
¿Qué ignotos dolores o angustias
de lejana esperanza la llaman?

Tú, pensativa también, ¡oh Lidia!,
das el boleto al guarda, y al tiempo
que apremia los años hermosos
das, la dicha que fué y los recuerdos.

Junto al obscuro convoy, cual sombras,
encapuchados van los serenos;
una débil linterna consigo
llevan, y mazas de hierro: y cada

freno golpeado produce un lúgubre
tañido largo: como un espasmo
un eco de tedio responde
doloroso del fondo del alma.

Y al ser cerradas las ventanillas
suenan a ultrajes: burla parece
la postrera llamada: la lluvia
gruesa cae con fragor en los vidrios.

Ya, de su alma férrea consciente,
el monstruo ruge, jadea, los ígneos
ojos abre; gigante en la sombra
desafía su aullido el espacio.

Con marcha horrible se va el impío
monstruo, llevándose mis amores.
¡Ay! el blanco semblante y el velo
En la tiniebla desaparecieron.

¡Oh, rostro dulce de albura rósea!
¡oh astrales ojos de paz!, ¡oh cándida
pura frente entre rizos floridos
en suave actitud inclinada!

Latía en el aire tibio la vida,
latía el verano cuando sonriéronme:
y el sol luminoso de junio
se complacía en besar su blanda

mejilla, entre los visos trémulos
de su cabello: como una aureola,
más bellos que el sol mis ensueños
su persona gentil circundaban.

Vuelvo a la sombra, bajo la lluvia,
y aniquilarme quisiera en ellas;
vacilo como ebrio, y me toco,
¿no seré yo también un fantasma?

¡Oh qué caída de hojas, gélida,
continua, muda, grave en el alma!
Yo creo que sólo, que eterno,
que por toda la tierra es noviembre.

Mejor la sombra para quien vaga
ya sin destino, mejor la niebla:
yo quiero, yo quiero acostarme
en un tedio que nunca termine.

ANTE LAS TERMAS DE CARACALLA

Foscas las nubes corren entre el Celio
y el Aventino: el viento húmedo mueve
del triste llano: los albanos montes
se elevan en el fondo

blancos de nieve. Una turista inglesa
de grises trenzas, en la guía busca
esta amenaza de romanos muros
al cielo y al tiempo.

Continuos, densos, lúgubres, graznando
vuelan los cuervos entre los dos muros
que a más audaz y arduo desafío
se alzan enormes.

—Viejos gigantes — repetir parece
la augur bandada — ¡a qué tentáis el cielo?—
De Laterano traen las auras grave
son de campanas.

Y un campesino, en el capote envuelto,
grave silbando entre la espesa barba,
pasa de largo. Fiebre, yo aquí te invoco,
numen presente.

Si te agradaron los llorosos ojos
y de las madres los tendidos brazos
suplicantes, oh diosa, desde el lecho
de sus hijos postrados;

si te fué grata en el Palacio excelso
la ara vetusta (aun lamía el Tíber
la evandria falda, y navegando entre
el Campidoglio

y el Aventino, la ciudad cuadrada
veía el quirite en el alto en los destellos
del sol poniente, y murmuraba un lento
carmen saturnio);

oh, Fiebre, escúchame. A los hombres nuevos
de aquí rechaza y sus pequeñas cosas:
religioso es este horror: la dea
Roma aquí duerme.

Con la sien sobre el Palatino augusto
y los brazos abiertos entre el Celio
y el Aventino, los robustos hombros
por la Capena extiende a la Apia vía.

LA MADRE

(Grupo de Adriano Cecioni)

Ella por cierto ya en pie, descalza
miraba el alba mientras pasaban
entre frescos olores de heno
con paso rápido los campesinos.

Curvada sobre los rubios surcos
a mediodía la oían los olmos
desafiar con su canto incesante
a las cigarras de las colinas.

Y cuando el pecho túrgido alzaba,
la faz morena, los flavos rizos,
¡oh Toscana!, tus tardos ocasos
tiñeron ígneos sus bellas formas.

Ahora, madre robusta, cría
el fuerte niño; de los desnudos
senos ya sacio, lo tiene en alto
y charla dulce con él, que inquieto

hacia los lúcidos ojos maternos
lleva los suyos y el cuerpo trémulo
y las manijas; ríe la madre
y en un arranque de amor lo abraza.

En torno de ella ríe el doméstico
quehàcer, del verde monte las mieses
trémulas le hablan, el buey muge,
en la era el gallo florido canta.

Así a los fuertes que las falaces
glorias al vulgo gratas desprecian,
natura de santas visiones
conforta las almas, ¡oh! Adriano!:

Tal tú en el mármol, severo artífice,
has puesto un alto ideal de los siglos.
¿Cuándo el trabajo será dichoso?
¿Cuándo el amor será seguro?

¿Cuándo una fuerte plebe de libres
dirá mirando en el sol: — Alumbra
no ya ocios y guerra de déspotas
sino la pía equidad del trabajo?

EN LAS FUENTES DEL CLITUMNO

A un del monte de sombríos fresnos,
que al viento ondea murmurando y lejos
fresco el aroma esparce de silvestres
tomillos y de salvias,

en el húmedo véspero, oh Clitumno,
bajan a tí las greyes; en tus ondas
sumerge el niño umbro la empacada
oveja, mientras

a él del seno de la madre adusta,
que está descalza en la cabaña y canta,
una mamona vuélvese, de rostro
lleno, sonriendo:

callado el padre, con la grupa en pieles
envuelta como los antiguos faunos,
guía el pintado plaustro y los hermosos
toros pujantes,

los bellos toros de cuadrado pecho
y curvos cuernos en la testa enhiestos,
de dulces ojos, níveos, que el benigno
Virgilio amaba.

Obscuras sobre el Apenino en tanto
humean las nubes: grande, austera, verde
de las montañas que en redor descienden
la Umbría mira.

Salve, Umbria verde, y tú, numen Clitumno!
Siento en `el corazón la antigua patria
y aletear sobre mi encendida frente
los dioses ítalos.

Quién a estos ríos sacros la sombra
trajo del sauce? ¡que te lleve el viento
del Apenino, oh blanda planta, signo
de humildes tiempos!

En pugna aquí con los inviernos, ruja
viejas historias la soberbia encina,
a quien de alegre juventud el tronco
la hiedra viste:

en torno aquí del emergente numen
yérganse vigilantes los cipreses;
y tú en las sombras, tú, fatales cármenes
canta, oh Clitumno.

Testigo tú de tres imperios, dínos
cómo el grave umbro, atroz en los combates,
cedió al astero vélite y la Etruria
se hizo más fuerte:

dí cómo sobre las conjuntas villas
superando el Cimino a grandes pasos
bajó Marte después con las insignias
fieras de Roma.

Mas tú aplacabas, numen común itálico,
uniendo a vencedores y vencidos,
y cuando el furor púnico triunfante
tronó en el Trasimeno.

llenó un grito tus antros, y en los montes
lo repitió la bélica bocina:

— Oh tú que paces la boyada cerca
de la brumal Mevania,

y tú que aras en la orilla izquierda
del Nar, y tú que los verdeantes bosques
sobre Espoleto abates, o que en Todi
celebras nupcias,

deja el buey gordo entre las cañas, deja
el toro flavo a medio surco, deja
la cuña fija en la inclinada encina,
deja la esposa al ara;

y corre, corre, corre! con el hacha
corre y los dardos, con la clava y el asta!
corre! amenaza los penates ítalos
el fiero Aníbal.

Oh, cómo rió con sus más bellos rayos
el almo sol por estos montes, cuando
vió despeñados y en aullante fuga
la alta Espoleto,

los grandes moros y los potros númerados
en mezcla obscena, y sobre ellos, rachas
de hierro, olas de aceite ardiente, y los cantos
de la victoria!

Todo ahora calla. En la clara gorga
miro la tenue surtidora vena:
tiembla, y un leve pulular las tersas
aguas empañá.

Ríe en el fondo una floresta breve,
con las ramas inmóviles: el diaspro
parece unirse en un amor flexuoso
con la amatista.

Y las flores de zafiro parecen,
y tienen del diamante los reflejos,
y esplenden frías, y al silencio llaman
del verde fondo.

En tus montes y bosques y en tus ríos,
oh Italia, está la fuente de tus cármenes.
Vivieron, sí, las ninfas: y un divino
tálamo es éste.

Emergían largas en flüentes velos
azules náyades, y en la quieta noche
llamaban alto a las hermanas brunas
en las montañas,

y danzas bajo la inminente luna
guiaban, cantando alegremente en coro
de Jano eterno y del amor profundo
de Camesena.

El desde el cielo; autóctona virago,
ella: fué lecho el Apenino humeante:
del grande abrazo, oculto por las nubes,
nació la ítala gente.

Todo ahora calla, viudo Clitumno, todo:
de tus bellos delubros uno solo
te queda, y dentro, pretextando numen,
tú ya no moras.

Ni ya rociados en tu sacro río
llevan los toros, orgullosas víctimas,
trofeos romanos a los templos: Roma
ya no triunfa.

No triunfa desde que subió a su solio
un galileo de cabello rojo,
echóle en brazos una cruz, y dijo:
—Llévala, y sirve. —

Se ocultaron las ninfas en los ríos
llorando y en los troncos de los árboles,
o aullando se perdieron como nubes
sobre los montes,

cuando una extraña gente, entre los blancos
templos hollados y los rotos mármoles,
lenta pasó rezando, en largos sacos
negros envuelta,

y por los campos del trabajo humano
sonantes y los montes orgullosos
de imperio, ellos hicieron el desierto.
Arrancaron las turbas

a los santos arados, a los viejos
padres, a las esposas florecientes;
y cuanto el sol divino bendecía
lo maldijeron.

Maldiciendo las obras de la vida
y del amor, atroces conjunciones
deliraron con Dios, de duelo, en yermas
rocas y grutas,

bajaron ebrios de ansia disolvente
a las ciudades, y en horribles danzas
al crucifijo, impíos, le rogaron
de ser abyectos.

Salve, alma humana íntegra y serena
junto al Iliso y al fecundo Tíber
erguida! los foscos días pasaron,
resurge y reina.

Y tú, pía madre de robustos toros
en la labor invictos, y de ásperos
y relinchantes potros en la guerra,
Italia madre,

madre de vides, y cereales, y altas
leyes, y de artes que la vida endulzan,
salve! los cantos de la antigua lande
yo aquí renuevo.

Al canto aplauden las montañas umbras
y las aguas y bosques: anhelando
nuevas industrias, pasa raudo, humeante,
el tren silbando.

A JOSÉ GARIBALDI

(III NOVIEMBRE MDCCLXXX)

El dictador, solo, delante
de la triste columna, sombrío y mudo
marcha a caballo: la tierra y el cielo
plúmbeos, escuálidos, fríos en torno.

De su caballo pisando el fango
se oía el paso; detrás se oían
pisadas en cadencia y los suspiros
de los pechos heroicos en la noche.

Mas de las lomas de estrago lívidas,
mas de las matas de sangre húmedas,
doquiera un pobre jirón quedaba,
¡oh madres ítalas!, de vuestras almas,

subían llamas que parecían
astros, surgían voces como de himnos:
brillaba Roma en el fondo olímpica,
cruzaba un canto triunfal el aire.

—Surgió en Mentana la antigua afrenta
del triste abrazo de Pedro y César:
tú, Garibaldi, en Mentana
el pie sobre uno y otro pusiste.

¡ Oh de Aspromonte rebelde espléndido
oh de Mentana soberbia Némesis,
ven y narra Palermo y Roma
en el Capitolio a Camilo!—

Tal un arcano acento de espíritus
cruzó solemne el cielo de Italia
el día que aullaron los viles,
busquillos tímidos de la verga.

Ahora Italia te adora. Invócate
la nueva Roma, moderno Rómulo:
tú asciendes, ¡oh numen!: la muerte
con sus silencios de tí se aleja.

Sobre el inmenso mar de las almas
los venideros siglos te llaman
a las alturas, al puro concilio
de los patrios dioses tutelares.

Subes. Y Dante dice a Virgilio:
—Nunca pensamos forma más noble
de héroe. — Dice Livio, y sonríe:
—Es de la historia, ¡oh poetas!

De la civil historia de Italia
es ésta lígur tenaz audacia
que se apoya en lo justo, y en alto
mira, e irradia en los ideales.

Gloria a tí, padre. Con torvo frémito
late en el Etna, late en los recios
turbiones del Alpes tu espíritu
contra los bárbaros y los tiranos.

Brilla tu espíritu en la sonrisa
del mar, del cielo, de los floridos
mayos, difuso sobre las tumbas,
sobre los mármoles de los héroes.

EN UNA IGLESIA GOTICA

Surgen y en ágiles filas se extienden
los arduos y enormes fustes marmóreos,
y en la sacra tiniebla parecen
cohorta de gigantes .

que guerra meditan con lo invisible:
los arcos álzanse quietos, se lanzan
en vuelo rápido luego, abrazándose
curvos en alto y péndulos.

En la discordia de los humanos
tal de los bárbaros tumultos suben
a Dios las ansias de almas solitarias
que en él vuelven a unirse.

Yo a Dios no os pido, fustes marmóreos,
arcos aéreos: tiemblo escuchando
un conocido paso que leve
turba el vasto silencio.

Es Lidia, y mira: lenta al volverse
sus rizos lúcidos se me diseñan,
y amor y el pálido rostro fugaces
tras del velo sonríen.

También él, trépido, en la penumbra
de un templo gótico, buscó Alighieri
la imagen de Dios en el pálido
semblante de una joven.

Bajo el tul cándido, la frente límpida
de la doncella fulgía en el éxtasis,
mientras en nubes de incienso férvidas
las letanías subían;

subían alegres, con aleteos
blandos de tórtolas subían, y luego
con el aullido de turbas míseras
que al cielo alzan los brazos.

Gemía el órgano bajo las bóvedas,
y parecía que de las cándidas
tumbas las almas de los que fueron
so tierra respondieran.

Mas de las míticas cimas de Fiésolo,
por los artísticos vidrios, Apolo
róseo miraba: en la ara máxima
palidecían los cirios.

Y entre himnos de ángeles Dante veía
subir la virgen transfigurándose,
rugientes bajo los pies sentía
los infernales báratros.

Yo ni demonios ni ángeles veo,
sino una débil luz que en el húmedo
aire tremola: frío crepúsculo,
faja de tedio el alma.

¡Adiós, semítico númen! Continúa
en tus misterios la muerte impera.
Oh, inaccesible rey de las almas
tus templos al sol excluyen.

Aflieto mártir, tú al hombre afliges,
tú el aire impregnas de tu tristeza:
pero los cielos, los campos rien,
pero de amor los ojos

de Lidia esplenden. Quisiera, oh Lidia,
verte en un cándido coro de vírgenes,
ceñir danzando la ara de Apolo
alta en los róseos vésperos, :

radiante en mármol pario entre lauros
vertiendo anémonas tus manos, dicha
tus ojos fúlgidos, tu labio armónico
un himno de Baquílides.

Biblioteca de la Academia Argentina de Letras

CÉRILO

No bajo férrea punta que cruja surcando maligna
tras de una idea de hastío las blancas hojas áridas;

bajo el adulto sol, en el fresco aletear de los vientos
por dilatados campos, junto a un hermoso río,

nace el suspiro que va al infinito a perderse,
nace la pensativa y dulce flor de la melodía.

Áquí brilla mayo en el aire fragante de rosas,
brillan los ojos vanos, los corazones duermen:

duermen los corazones, atentos están los oídos
cuando la coloreada nota chilla de la Gioconda.

Oh, de las Musas el ara en el verde vértice blanca
sobre el mar! Aleman dirige los virgíneos coros:—

“Quiero, niñas, volar con vosotras, volar a la danza,
como atraído el cérilo por los alciones vuela:

vuela con los alciones entre olas hirvientes de espuma
el cérilo purpúreo nuncio de primavera.”

SOBRE EL MONTE MARIO

Solemnes sobre el monte Mario se alzan
en el quieto aire claro los cipreses,
y correr mudo por los grises campos
miran el Tíber;

miran abajo en el silencio a Roma
amplia extenderse, y cual pastor gigante
que atento cuida un gran rebaño, en frente
surgir San Pedro.

Sobre esta cumbre luminosa, el rubio
vino, ¡oh amigos!, escanciad, y brillen
al sol los vasos: sonreíd, hermosas:
mañana moriremos.

Lalage, intacto al oloroso bosque
déjale el lauro que de eterno ufánase,
o por tu negra cabellera pase
palideciendo.

A mí entre el verso que animado vuela
dadme la alegre copa y de la rosa
la suave flor precaria, que al invierno
consuela y muere.

Moriremos, así como murieron
ya los que amamos: lejos de las mentes
y los afectos, tenues sombras leves,
nos horraremos.

Moriremos; y siempre fatigosa
del sol en torno girará la tierra,
miles de vidas dando como chispas
a cada instante;

vidas que agitarán nuevos amores,
vidas que rugirán en nuevas lides;
y que mañana cantarán a nuevos
dioses los himnos.

Y vosotros, ¡oh gente aun no nacida!,
que nuestros pasos seguiréis, vosotros
también os perderéis, radiosas huestes,
en lo infinito.

¡Adiós, tú, madre de mi vida breve,
tierra, y del alma fugitiva! ¡Cuánto
dolor y gloria seguirás llevando
del sol en torno,

hasta que bajo el ecuador reunida
a los llamados del calor muriente,
de la extenuada prole sólo queden
una mujer y un hombre,

que erguidos entre montes desolados
y muertos bosques, lívidos, con ojos
vitreos, te vean sobre enormes hielos,
oh sol, hundirte!

ESCOLLO DE CUARTO

Breve en la onda plácida avanza
una escollera. Bosques de lauro
negrean detrás espirando
efluvios y murmullos en la noche.

Delante, ancha, nítida, cándida
brilla la luna; cerca la estrella
de Venus sonríe y sus lúcidas
palpitaciones tiñen el cielo.

Parece que de este nido pacífico
en leve leño debiera el hombre
salir silencioso a secretos
coloquios de amor, su amada

fija mirando el astro de Venus.
¡Italia, Italia, mujer de los siglos,
mujer de los vates y mártires,
inélita viuda dolorosa.

de aquí buscándote fué por los mares
tu amante! Al cuello de león envuelto,
el poncho, la espada de Roma
alta en el hombro balanceando,

estaba el héroe. Quietos venían
de a diez, de a cinco, luego en la sombra
se perdían, en grupos oscuros,
los mil vengadores del destino

como piratas que a presa fueran;
y de tí ocultos iban, Italia,
por tí mendigando la muerte
al cielo, al piélagos, a los hermanos.

Soberbia ardía lejos de luces
y de murientes cánticos Génova
al ocultarse la luna, desde
su arco marmóreo de palacios.

¡Oh casa donde presago genio
a Pisacane marcaba el tránsito
fatal! ¡Oh mansión donde Haroldo
ansió la épica Misolunghi!

De una corona de luz olímpica
ciñó tus cúspides blancas el véspero
del cinco de mayo. Victoria,
fué el sacrificio, ¡oh poesía!

Y tú reías, astro de Venus,
astro de Italia, astro de César:
jamás primavera más sacra
de ánimos ítalos iluminaste,

desde que tácita entró en el Tíber
la proa de Eneas preñada de hechos
y Palante cayó en las colinas
que surgir vieron la alta Roma.

ANTE EL CASTILLO VIEJO DE VERONA

Tal como ahora, potente y rápido,
bajo romanos puentes, oh Adigio,
murmurabas con límpida garga
al sol tu eterna canción corriente

cuando Odoacro cedió ante el ímpetu
de Teodorico, y entre la hérula
matanza, las rubias mujeres
amadas erguidas sobre los carros

atravesaban Verona, odínicos
versos cantando: la plebe itálica
presentaba rodeando al obispo
la cruz suplicante a los Godos.

Tal de los montes de nieve rígidos,
en la difusa leticia argétea
del plácido invierno, incansable
y huyendo siempre, vas murmurando

bajo los puentes vetustos, entre
sombrias moles y mustios árboles,
a las colinas y torres, donde
las enlutadas enseñas lloran

al retornante día funéreo
del rey primero que dióse Italia
libertada: tú, Adigio, modulas
al sol tu eterna canción corriente.

También, hermoso río, yo canto
y abarca el chico verso los siglos
y va el corazón con la idea
tras de la estrofa que surge y tiembla.

Mas con los años irá a perderse
mi estrofa: eterno poeta, oh Adigio,
tú aun por las ruinas dispersas
de estas colinas torreadas, cuando

sobre los restos de la basílica
de Zeno silben al sol las nívoras,
en el desierto tú irás cantando
el tedio insomne del infinito.

INDICE

	<u>PÁGS.</u>
INTRODUCCIÓN	3
NOTA DEL TRADUCTOR.....	4
PRELUDIO	5
EN LA ESTACIÓN.....	6
ANTE LAS TERMAS DE CARACALLA.....	9
LA MADRE.....	11
EN LAS FUENTES DEL CLITUMNO.....	13
A JOSÉ GARIBALDI.....	19
EN UNA IGLESIA GÓTICA.....	21
CÉRILO.....	24
SOBRE EL MONTE MARIO.....	25
ESCOLLO DE QUARTO.....	27
ANTE EL CASTILLO VIEJO DE VERONA.	29



DIRIGIDAS POR LEOPOLDO DURÁN

Biblioteca de la Academia Argentina de Letras

CUADERNOS PUBLICADOS:

AÑO PRIMERO

- | | |
|------------------------|--|
| 1. ALMAFUERTE | Evangélicas |
| 2. RABINDRANATH TAGORE | Poemas |
| 3. JUAN B. JUSTO | Labor Periodística |
| 4. JUAN PEDRO CALOU | Breviario de los Tristes |
| 5. LAO - TSÉ | El Libro del Sendero y de la Línea Recta |
| 6. RUBÉN DARÍO | Cabezas |
| 7. OSCAR WILDE | Balada de la Cárcel de Reading |
| 8. LEOPOLDO LUGONES | Cuentos |
| 9. EDGAR POE | Las Campanas y otros poemas |
| 10. JOSÉ INGENIEROS | Psicología de la Curiosidad |
| 11. CLEMENTE ONELLI | Aguafuertes del Zoológico |
| 12. ANDRÉS TERZAGA | Líneas |

AÑO SEGUNDO

- | | |
|----------------------------------|--------------------------|
| 13. RAFAEL ALBERTO ARRIETA | Canzones y Poemas |
| 14. ALMAFUERTE | Amorosas |
| 15. E. HERRERO DUCLOUX | Del Diario de mi amigo |
| 16. JOSÉ ENRIQUE RODÓ | Parábolas |
| 17. M. MEDINA BETANCORT | Meditaciones |
| 18. RABINDRANATH TAGORE | Poemas |
| 19. MARIANA ALCOFORADO | Cartas Amatorias |
| 20. GIOVANNI PAPINI | La oración del buzo |
| 21. JOSÉ INGENIEROS | La Intimidad sentimental |
| 22. FRAY MOCHO (José S. Alvarez) | Cuentos |
| 23-24. RAFAEL OBLIGADO | Santos Vega |

AÑO TERCERO

- | | |
|---------------------|---------------|
| 25. JUAN MONTALVO | Prosas |
| 26. GIOSUÉ CARDUCCI | Odas Bárbaras |

Cuaderno de próxima publicación:

Cuentos. por AGUSTÍN ALVAREZ

SUBSCRIPCIONES:

SEMESTRE \$ 1.50 m/n. — AÑO \$ 3.00 m/n.

Número suelto 0.25 centavos

„ atrasado 0.40 „

OFICINAS: **SABEN PEÑA, 178** — BS. AIRES